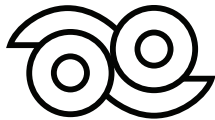


El presidente Schreber



El presidente Schreber

Puntualizaciones psicoanalíticas
sobre un caso de paranoia
(*Dementia paranoides*) descrito
autobiográficamente

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Prólogo de Jacques André

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 41.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1958

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Presses Universitaires de France, 1995

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

www.amorrortueditores.com

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-881-9

ISBN 978-2-13-054828-7, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

El presidente Schreber. Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descripto autobiográficamente. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2015.

160 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-881-9

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.

CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2015.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas
- 13 Prólogo, *Jacques André*
- 39 Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descripto autobiográficamente (1911 [1910])
- 41 Nota introductoria
- 41 *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descripto autobiográficamente*
- 53 [Introducción]
- 57 I. Historial clínico
- 83 II. Intentos de interpretación
- 111 III. Acerca del mecanismo paranoico
- 135 Apéndice (1912 [1911])
- 139 Bibliografía e índice de autores
- 147 Índice alfabético

Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry¹ y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,² edición a cargo de James B. Stra-

¹ La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpresión de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

² Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.³

³ A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 139.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

- SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
- SKSN Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.
- SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires. Santiago Rueda, 1952-56.
- Vier Krankengeschichten* Freud, *Vier psychoanalytische Krankengeschichten*. Viena, 1932.

Prólogo

Jacques André

«Me resultaría extraño que me mostraran a alguien que, puesto ante la alternativa de volverse loco sin dejar su porte masculino, o convertirse en mujer pero de sano juicio, no se inclinara por la segunda solución».

Daniel Paul Schreber,
presidente de la Corte de Apelaciones de Dresde

El 14 de abril de 1911, en el asilo de Leipzig-Dösen, moría Daniel Paul Schreber. En el primer número del *Jahrbuch* de ese mismo año aparecía el estudio de Freud, su «Presidente Schreber». La cercanía en el tiempo entre esos dos acontecimientos no hace sino poner más de manifiesto una de las características de esta obra freudiana: la de haber sido concebida sobre la sola base del análisis de las *Memorias* del ex presidente de cámara de la Corte de Apelaciones de Dresde, sin que el psicoanalista se reuniera jamás con su «enfermo de los nervios». De ese modo, Schreber es para Freud el relevo inmediato de Leonardo da Vinci¹ —los ensayos dedicados a ellos tienen no pocos vínculos entre sí—, quien, también él, acaba de posar *in absentia* «para un pequeño psicoanálisis».²

Freud tuvo la idea de ponerse en contacto con ese «maravilloso Schreber», pero la desechó sin más: «Como el hombre

¹ Sigmund Freud, *Un souvenir d'enfance de Léonard de Vinci* (1910), OCP, 10 {*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910c), AE, 11}.

² Sigmund Freud, carta del 11 de noviembre de 1909 a Carl Gustav Jung, en Sigmund Freud y Carl Gustav Jung, *Correspondance* (1906-1914), París: Gallimard, 1992, pág. 342 {*Correspondencia*, Madrid: Taurus, 1979}.

todavía vive, pensé en dirigirme a él en procura de algunas informaciones (por ejemplo, la fecha de su casamiento) y rogarle su asentimiento para trabajar sobre su historia. Pero creo que es demasiado arriesgado». ³ El proyecto de entrar en contacto incumbe a la investigación histórica, no a la terapéutica. A este respecto, Freud se ha resignado hace ya tiempo: abundante en enseñanzas para el progreso de la teoría psicoanalítica, el paranoico está, en cambio, cerrado a las virtudes de la cura.

Aquello que Freud renuncia a conocer por sus propios medios lo esperará de Stegmann, un psiquiatra de Dresde que le transmite algunos datos, sobre todo con referencia al padre del enfermo (cf. *infra*, 101, n. 21). La escasez de las informaciones con que cuenta podría inducirlo a error. Casi nunca sucede así, ni siquiera cuando corre el riesgo de la conjetura, como en lo atinente a la edad del hermano (pág. 100). La única afirmación que la ignorancia del contexto vuelve frágil es la que se refiere a la «suerte de curación» de Schreber tras su salida del asilo de Sonnenstein en 1902. La remisión parece haber sido muy relativa, ⁴ y no evitó una última internación, desde noviembre de 1907 hasta la muerte del paciente.

La investigación histórica es uno de los principales caminos que tomarán la crítica y el comentario posfreudianos del caso Schreber, una investigación vigorosamente orientada por la tesis del propio Freud y el lugar central asignado por ella al complejo paterno. Más allá del trabajo de interpretación que descubre la figura paterna detrás de sus diferentes apariciones (Flechsig, Dios, el sol), Freud hace una sucinta mención de la persona misma del padre, a quien llama Daniel «Gottlieb» (jugoso lapsus, en lugar de «Gottlob»: según la

³ S. Freud, carta del 1º de octubre de 1910 a Jung, en *ibid.*, pág. 458.

⁴ Debemos a Franz Baumeyer, «Le cas Schreber», en Luis Prado de Oliveira (ed.), *Le cas Schreber: contributions psychanalytiques*, París: Presses Universitaires de France, 1979, págs. 171 y sigs. {«El caso Schreber», en Oscar Masotta y Jorge Jinkis (eds.), *Los casos de Sigmund Freud, 2, El caso Schreber*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1972}, la revelación de las historias psiquiátricas del presidente Schreber.

etimología, «*Gottlieb*» es «amor de Dios», «querido de Dios») Moritz Schreber, médico, educador, fundador de la gimnasia terapéutica; en suma, un apasionado del alma y el cuerpo, y de la puesta en forma de una y otro.

Aunque Freud podría haber leído el manual de gimnasia médica casera que cita (pág. 101), no parece haberse tomado el trabajo de hacerlo. Otros se encargarán tras él de la tarea: el mérito de ser el primero en este camino le corresponde a William G. Niederland.⁵ El resultado de las investigaciones de los distintos autores es muy impresionante y converge en una misma pregunta: ¿Cuál de los dos está más loco: el padre o el hijo? Enterarse, por los testimonios psiquiátricos, de que el padre tenía obsesiones y tendencias homicidas es poca cosa en comparación con lo que revela la lectura de sus obras. En ellas se trata siempre del arte y el modo de «adueñarse del niño para siempre». Página tras página, la severidad se codea con el sadismo, y ambos engloban en un mismo movimiento el cuerpo y la mente. Ese padre, que debía de saber a su manera que desear es hacer, enseña que es más conveniente castigar la intención que la acción. La meta es procurar que el niño llegue a «la imposibilidad moral de desear» y tienda la mano a quien lo castiga para hacerse perdonar. . . En la «lengua fundamental» del hijo, que maneja las palabras como lo hace el proceso primario, «castigo» se dice «recompensa». La lectura de las obras del padre funda de rebote la verdad de las *Memorias*: su verdad, la de esas obras, medida con la vara del inconsciente, como si manifestaran a plena luz del día lo que hace y dice el padre con un pretexto educativo y gimnástico.

⁵ Los principales artículos de este autor, desde el primero, de 1951, están reunidos en el volumen colectivo citado en la nota anterior. Cf. también William G. Niederland, «Une étude: la remarquable famille Schreber», *Scilicet*, n° 4, 1973. El libro de Morton Schatzman, *L'esprit assassiné*, París: Stock, 1974 {*El asesinato del alma: la persecución del niño en la familia autoritaria*, México: Siglo XXI, 1977}, cita numerosos pasajes de las obras del padre de Schreber, pero tiene el lastre de la pobreza de sus elaboraciones y su desconocimiento del psicoanálisis.

Cuando el hijo se queja de un «asesinato del alma», denomina con toda exactitud la empresa paterna, verdadero esfuerzo para enloquecer al otro, al mismo tiempo que designa el mal cometido: contra el espíritu, *para-noia*. Podríamos multiplicar las referencias a aquello que, de las enseñanzas del padre al alegato *pro domo* del hijo, se recupera más o menos deformado. Nos atendremos a dos ejemplos, uno «de abajo», otro «de arriba». A la tonalidad masoquista, anal y femenina de las *Memorias* «responde», en el padre, una verdadera apología de las lavativas: «Tienen en pediatría la más amplia aplicación (. . .) el instrumento laxante más sutil, también son bienvenidas y excelentes cuando se busca una terapia tranquilizante, antiespasmódica, antiestimulante y nutritiva».⁶ Penetrar a un niño, penetrarlo de amor. . .: las palabras reaparecen con frecuencia en la pluma de un padre que sabe conjugar severidad y benevolencia y no le deja al hijo, por cierto, otra elección que la veneración o el odio. Sobre todo al hijo varón: homosexualidad obliga. Las tres hijas del doctor Schreber parecen haber salido más o menos bien paradas, en tanto que el otro hijo, Daniel Gustav, hermano mayor de Daniel Paul, se suicida un año antes del casamiento de este.

El ejemplo «de arriba» habla de religión. El padre escribe: «Al niño debe recordársele a menudo, y con suavidad, que al final de la jornada tiene que ponerse en presencia de Dios, a fin de contemplar su yo interior en los puros rayos del concepto divino (del Padre amante del universo) y ser recompensado por una voluntad renovada (. . .); el espíritu de la palabra “religión” debe penetrar y desposar al espíritu. La revelación interna y la revelación externa (la razón en su más plena expansión) son dos rayos que se acercan cada vez más uno al otro, hasta que por fin se encuentran en un punto: el de la completa fusión».⁷

⁶ Daniel G. M. Schreber, citado en W. G. Niederland, «Une étude: la remarquable. . .», *op. cit.*, pág. 311.

⁷ *Ibid.*, pág. 313. Véase también M. Schatzman, *L'esprit assassiné*, *op. cit.*, págs. 160-1.

«*Strahlen*», «rayos»: las palabras del padre son palabras-cosas del hijo, tan penetrantes como una lavativa.⁸

Pese a ser fundamentalmente posfreudiana, la senda que se remonta de la locura del hijo a la patología del padre muestra en Freud, sin embargo, sus primeros indicios. En 1937, este insistirá en la parte de verdad histórica que anida en la locura, al explicar que «la creencia compulsiva que halla el delirio cobra su fuerza, justamente, de esa fuente infantil».⁹ En las cartas intercambiadas con Ferenczi durante su trabajo sobre el caso Schreber, Freud da un ejemplo de lo que podría haber sido ese ascenso causalista hacia el origen: «¿Qué piensa de esto: el viejo doctor Schreber habría hecho “milagros” como médico? Pero, al margen de eso, era un tirano doméstico que vociferaba contra su hijo y lo entendía tan poco como el “Dios inferior” entendía a nuestro paranoico». A lo cual Ferenczi responde: «Su explicación del “milagro de la vociferación” me parece muy convincente».¹⁰

⁸ Este destino de las palabras del padre en la lengua del hijo recuerda la descripción que Freud hace del tratamiento esquizofrénico del lenguaje. Cf. Sigmund Freud, «L'inconscient» (1915), *OCP*, 13, págs. 237 y sigs. {«Lo inconsciente» (1915e), *AE*, 14, págs. 194 y sigs.}. ¿Esquizofrénico o paranoico? El interrogante se plantea con Schreber, y en primer lugar al propio Freud (pág. 132), que admite un modo mixto de organización. Melanie Klein, y otros tras sus pasos, harán mayor hincapié en el aspecto disociado (esquizofrénico) de Schreber. Cf. Melanie Klein, «Notes sur quelques mécanismes schizoïdes» (1946), en *Développements de la psychanalyse*, París: Presses Universitaires de France, 1966, págs. 298-300 {«Notas sobre algunos mecanismos esquizoides», en *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós/Hormé, 1974}.

⁹ Sigmund Freud, «Constructions dans l'analyse», en *Résultats, idées, problèmes*, 2, París: Presses Universitaires de France, 1985, pág. 279 {«Construcciones en el análisis», (1937d), *AE*, 23, pág. 269}.

¹⁰ Sigmund Freud, carta del 6 de octubre de 1910 a Sándor Ferenczi, y carta del 12 de octubre de 1910 de Ferenczi a Freud, en Sigmund Freud y Sándor Ferenczi, *Correspondance*, 2, 1908-1914, París: Calmann-Lévy, 1992 {*Correspondencia completa, 1908-1919*, I-1, 1908-1911, Madrid: Síntesis, 2001}.

El prologuista del texto de Freud sufre por la dificultad de la elección. ¿Dónde poner el acento: en la confrontación del psicoanálisis con la psicosis, la concepción de la represión, la teoría de las pulsiones, la articulación problemática entre proyección y rechazo, la introducción del narcisismo, la fantasmática femenina? Con referencia a todas estas cuestiones, el del presidente Schreber es un texto clave, que anticipa las modificaciones metapsicológicas de 1914-1915. Otro camino consistiría en discutir la interpretación que Freud propone acerca de las *Memorias*. De Melanie Klein a Lacan, pasando por Ida Macalpine, son muchos los que se entregaron al ejercicio, en procura, uno tras otro, de convalidar sus propias construcciones metapsicológicas. No hay duda de que las *Memorias* del «enfermo más citado de la historia de la psiquiatría» admitirían una lectura más. Seguiremos otra pista, que comentarios y críticas casi siempre han desdeñado o dejado a un lado, por no decir que la «dejaron colgada», y no obstante constituye, a juicio de Freud, «el núcleo del conflicto en la paranoia» (pág. 115): la cuestión de la homosexualidad. En primer lugar, para restituir su contexto. La importancia atribuida por Freud al retorno de lo reprimido homosexual es indisoluble de lo que se juega y se discute entre él y sus más cercanos colaboradores del momento: Jung y Ferenczi, pero también Adler, con la sombra de Fliess como telón de fondo.

A continuación, para recentrar la apuesta: más allá de sí misma, la homosexualidad es un hilo de Ariadna que lleva hacia el narcisismo y los estremecimientos ulteriores del edificio teórico.

Correspondencias

Las «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia» terminan con una reivindicación de propiedad intelectual tan curiosa como elíptica: el autor de la teoría de la paranoia que acabo de exponer soy en verdad yo, Freud, y

no. . . Schreber. Si es lícita la duda, ello se debe a que entre el delirio y la teoría, entre los «rayos divinos» y las «investiduras libidinales», la distancia es apenas más grande que la que separa a una abstracción de una de sus representaciones concretas. El psicoanalista y el paranoico comparten, a riesgo de confundirse, una misma capacidad de percepción endopsíquica de los procesos en acción.

Para sustentar su reivindicación de anterioridad, Freud presenta un argumento que no carece de cierta ingenuidad: «puedo aducir el testimonio de un amigo y colega en el sentido de que yo he desarrollado la teoría de la paranoia antes de enterarme del contenido del libro de Schreber» (pág. 133). Pregúntele a Jung (el amigo es él), y lo confirmará. ¿Por qué no ser más simple y reproducir para el lector lo que en verdad ha dado origen a la teoría de la paranoia? La respuesta está en la correspondencia: «Puedo revelarle un secreto», le escribe Freud a Jung el 17 de febrero de 1908: «[en la paranoia se trata], por lo general, del desasimiento de la libido del componente homosexual, hasta aquí investida de manera moderadamente normal. (. . .) Mi amigo de entonces, Fliess, desarrolló una bella paranoia luego de deshacerse de su inclinación por mí, que por cierto no era poca. En efecto, debo esta idea a él, es decir, a su comportamiento. De todo hay que procurar sacar un aprendizaje». ¹¹ *A posteriori*, Freud compartirá este secreto con Ferenczi, y después con Abraham. La distancia meramente metafórica que separa al delirio de Schreber de la teoría de Freud amenaza la originalidad de esta, pero el «secreto Fliess» la amenaza de otra manera: la de las posibles interferencias en el inconsciente de su autor: «Al contrario de trabajos anteriores, esta vez carezco por completo de un juicio sobre su calidad intrínseca, a causa de la lucha que durante la redacción se libró contra complejos interiores (Fliess)». ¹²

¹¹ S. Freud, carta del 17 de febrero de 1908 a Jung, en S. Freud y C. G. Jung, *Correspondance, op. cit.*, págs. 182-3.

¹² S. Freud, carta del 18 de diciembre de 1910 a Jung, en *ibid.*, pág. 482.

La inquietud de Freud es tanto más legítima cuanto que las relaciones amistosas y de trabajo del período durante el cual escribe el texto sobre Schreber se revelan particularmente nutridas de los mismos ingredientes que alimentaron el episodio Fliess. Tres son los principales personajes en el escenario: Freud, Jung y Ferenczi. El viaje de agosto de 1909 a Estados Unidos —adonde Freud se dirigía para dictar una serie de conferencias— había reunido y acercado a los tres hombres hasta llevarlos incluso al análisis mutuo de sus sueños (había que amenizar la travesía oceánica. . .). Se pueden adivinar las emociones transferenciales generadas por un ejercicio semejante. Si bien lo esencial de lo que se trama y se transmite se produce entre Freud y Jung, por un lado, y entre Freud y Ferenczi, por el otro, no debe desdeñarse lo que circula entre Jung y Ferenczi, al menos desde el punto de vista de este último, que no ignora en demasía su propio «deseo infantil» de ser «el primero y el único junto al “padre”», y los celos consiguientes originados en su «complejo fraterno». ¹³

La ruptura entre Freud y Jung ha de producirse recién en 1912-1913. En 1910, la esperanza del primero de haber hallado en el segundo un delfín se mantiene aún viva. Sin embargo, son ya perceptibles los primeros signos de desabrimiento. Desde el principio, uno y otro están atentos a los elementos conflictivos que pueden llegar a enturbiar su colaboración, y se muestran deseosos de identificar sus fuentes inconscientes. En octubre de 1910, Jung le ha confesado a Freud (de manera ardua, y precedida de tachaduras) el carácter homosexual de su admiración: «De hecho —debo confesárselo con reticencia—, siento una admiración ilimitada por usted como hombre e investigador, y conscientemente no lo celo (. . .); mi veneración por usted tiene el carácter de un apasionado entusiasmo “religioso”, que, aunque no me causa

¹³ S. Ferenczi, cartas del 7 de diciembre de 1909 y el 27 de octubre de 1910 a Freud, en S. Freud y S. Ferenczi, *Correspondance*, 2. . ., *op. cit.*, págs. 119 y 177.

ningún desagrado, me resulta empero repugnante y ridículo debido a su irrefutable consonancia erótica. Este abominable sentimiento deriva del hecho de que, de pequeño, sucumbí al atentado homosexual de un hombre al que antes veneraba». ¹⁴ Negación, denegación, el tono de la persecución, y todo ello, contra un fondo de abuso y veneración. . . Si no es «Schreber», se le parece.

La confidencia de febrero de 1908, cuando Freud le revela a Jung el papel que le cupo a la conflictiva amistad con Fliess en su comprensión de la paranoia, es inseparable de un acontecimiento menor ocurrido en su relación epistolar. Entre el 25 de enero y el 15 de febrero (de 1908), Jung se mantiene silencioso: ni una carta; y a continuación invocará como excusa una gripe. ¡Freud padece por entonces la misma enfermedad! El silencio inquieta a Freud, quien explicará más adelante, cuando la situación (un silencio de Jung) se repita: «Al parecer, tengo aún una hiperestesia traumática cuando una correspondencia mengua; me acuerdo muy bien de la génesis de esto (Fliess), y, para ser franco, no querría revivir una experiencia así». ¹⁵

Si bien Jung estima en su justa medida la confianza que Freud le testimonia al mencionar lo ocurrido con Fliess, también percibe todo lo que ese paralelo tiene de peligroso: «La mención de su relación con Fliess, que sin duda no es fortuita, me insta a rogarle que no me deje saborear su amistad como la que hay entre iguales, sino como la del padre y el hijo. Esa distancia me parece apropiada y natural. Por añadidura, esta forma es la única, a mi entender, que marca el tono capaz de evitar todos los malentendidos y hacerles posible a dos cabezas duras una existencia lado a lado en un comercio desenvuelto y sin apremios». ¹⁶ Prevención que recuerda en la segunda

¹⁴ C. G. Jung, carta del 28 de octubre de 1907 a Freud, en S. Freud y C. G. Jung, *Correspondance, op. cit.*, pág. 149.

¹⁵ S. Freud, carta del 9 de marzo de 1909 a Jung, en *ibid.*, pág. 285.

¹⁶ C. G. Jung, carta del 20 de febrero de 1908 a Freud, en *ibid.*, pág. 184.

alerta: «Quédese absolutamente tranquilo, no sólo ahora sino en lo que se refiere al futuro: no pasará nada semejante al caso Fliess. Ya he vivido suficientes cosas de esta clase como para aprender a hacer deliberadamente lo contrario». Palabras tranquilizadoras (?), de inmediato puestas en entredicho por la sibilina frase que las sigue: «Mi afecto, mientras no sea de naturaleza amorosa, es duradero y digno de fe».¹⁷

Con esta concepción de las cosas, entre homosexualidad y primeros indicios de un sentimiento de persecución, Adler no está lejos de intervenir en el guión en el papel de chivo emisario: ¡el paranoico, el doble de Fliess, es él! «Un pequeño Fliess redivivo», le escribirá Freud a Ferenczi. Y a Jung: «Me alegra mucho que usted vea a Adler como yo. Si el asunto me toca tan de cerca es porque ha reabierto las heridas del caso Fliess».¹⁸ Y, como es muy «natural», cuando la ruptura con Jung adquiera un perfil preciso, Freud comparará al zuriqués con Adler.¹⁹ La virulencia de la carta que Jung le envía el 18 de diciembre de 1912 está a tono con los desafíos inconscientes: «Soy lo bastante objetivo como para captar su jugada. Usted señala todos los actos sintomáticos que ve a su alrededor, y con ello rebaja todo el entorno al nivel del hijo o la hija que confiesan ruborizados la existencia de inclinaciones culpables. Entretanto, se mantiene en las alturas como el padre». Hay que decir que el sentimiento de persecución particularmente intenso que agita a Jung en esta carta no carece de fundamentos: es el eco directo de una interpretación mezclada con ironía, tan salvaje como pertinente, que contenía la carta precedente de Freud.²⁰ También en este aspecto algo parece

¹⁷ C. G. Jung, carta del 11 de marzo de 1909 a Freud, en *ibid.*, pág. 288.

¹⁸ S. Freud, carta del 22 de diciembre de 1910 a Jung, en *ibid.*, pág. 485. La ruptura con Adler ocupará a Freud durante los primeros meses de 1911.

¹⁹ S. Freud, carta del 23 de mayo de 1912 a Jung, en *ibid.*, pág. 637.

²⁰ Mientras se defiende de la acusación lanzada por Freud respecto de un acercamiento (teórico) con Adler, Jung incurre en este lapsus: «Ni siquiera los cómplices de Adler quieren reconocermme como uno de los de usted» («*Ihrigen*», «vuestros», en lugar de «*ihrigen*», «suyos» {de ellos}). Y Freud lo

repetirse desde la historia de Fliess. En una carta a Ferenczi del 10 de enero de 1910, Freud asocia la reacción patológica de Fliess con un «fragmento de análisis, contrario a su deseo», que él le había propuesto por entonces, y que reducía su obsesión por la nariz al deseo de salvar a su padre, y su teoría de las fechas predestinadas, a la muerte de su hermana.²¹ Sentimiento de persecución de un lado, interpretación persecutoria (salvaje) del otro. Bien podría ser, como pensaba Ferenczi, que el paranoico aprendiera «verdaderamente ciertas cosas con la ayuda de la intuición».²²

Entre Freud y Ferenczi, ahora. También aquí está en cuestión la homosexualidad, conscientemente percibida por los dos protagonistas, pero de otro modo. La historia es conocida, y gira principalmente alrededor del viaje a Sicilia que ambos emprenden en septiembre de 1910, con «Schreber» en su equipaje. Freud le confía a Jung sus primeras impresiones: «Mi compañero de viaje es un hombre a quien quiero mucho, pero un poco torpemente soñador, y tiene una actitud infantil para conmigo. Me admira sin descanso, lo cual no me gusta, y en lo inconsciente me critico, sin duda, ásperamente si me dejo llevar. Se ha comportado de manera demasiado receptiva y pasiva, dejó que todo se hiciera por él como una mujer, y mi homosexualidad no llega, empero, al punto de aceptarlo como tal. En viajes como este, la nostalgia por una verdadera mujer aumenta considerablemente».²³ La frase que sigue re-

destaca dos veces, al repetir la frase y firmar: «Con todo, muy suyo». Carta de C. G. Jung del 11-14(?) de diciembre de 1912 a Freud y carta del 16 de diciembre de 1912 de este a aquel, en *ibid.*, págs. 669-70.

²¹ S. Freud, carta del 10 de enero de 1910 a Ferenczi, en S. Freud y S. Ferenczi, *Correspondance*, 2. . ., *op. cit.*, págs. 133-4.

²² S. Ferenczi, carta del 13 de mayo de 1911 a Freud, en *ibid.*, pág. 292. Freud retomará la idea en un artículo de 1922, «De quelques mécanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoïa et l'homosexualité», *OCP*, 16, pág. 91 {«Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad» (1922b), *AE*, 18, págs. 219-20}.

²³ S. Freud, carta del 24 de septiembre de 1910 a Jung, en S. Freud y C. G. Jung, *Correspondance*, *op. cit.*, pág. 452.

cuerda el trabajo sobre la paranoia, y no podría producirse asociación más explícita. Así como Jung demuestra ser un admirador lleno de ambivalencia, a menudo retorcido, Ferenczi manifiesta «sin disimulo» su demanda de amor: «No quiero renunciar a la esperanza de que usted permita movilizarse una parte de la libido homosexual retirada y conceda más simpatía a mi “ideal de franqueza”». ²⁴ Decir(se) todo: en Ferenczi, la regla fundamental tiende a coincidir con la fórmula misma del amor, antes que con la del análisis mutuo: cuando dos personas «no tienen vergüenza una frente a otra, no se ocultan nada, se dicen la verdad sin correr el riesgo de ofenderse, o bien con la esperanza cierta de que no puede haber ofensa duradera en el marco de la verdad». ²⁵ El deseo homosexual sigue en Ferenczi una derivación mínima: de la desnudez del cuerpo a la del alma. Así es como él mismo interpreta el sueño que tiene en Sicilia, donde ve a Freud desnudo frente a él, mientras Freud, por su parte, sueña con Fliess. . . : no hay otro objeto de amor que el objeto perdido. ²⁶ Estos son los términos con que Ferenczi rubrica su patética carta del 3 de octubre de 1910: «Sediento de franqueza, su Ferenczi». Conocemos la desestimación que Freud opondrá a todos esos desbordes: «Ya no tengo ninguna necesidad de esa apertura total de la personalidad (. . .). Entonces, ¿por qué se empecina usted tanto? Desde el caso Fliess, en cuya superación, precisamente, usted me vio ocupado, esa necesidad se extinguió en mí. Una parte de la investidura homosexual se retiró y se utilizó para el crecimiento de mi yo propio. He tenido éxito donde el paranoico fracasa». ²⁷ ¿Extinguida o reprimida? El malicioso Ferenczi se permitirá dudarlo, sin perjuicio de re-

²⁴ S. Ferenczi, carta del 12 de octubre de 1910 a Freud, en S. Freud y S. Ferenczi, *Correspondance*, 2. . . , *op. cit.*, pág. 234.

²⁵ S. Ferenczi, carta del 3 de octubre de 1910 a Freud, en *ibid.*, pág. 229. El pasaje es destacado por el propio Ferenczi.

²⁶ *Ibid.*, pág. 228, y S. Freud, carta del 6 de octubre de 1910 a Ferenczi, en *ibid.*, pág. 232.

²⁷ S. Freud, carta del 6 de octubre de 1910 a Ferenczi, en *ibid.*, pág. 231.

mitir a Freud a . . . la paranoia: «Ya lo sabe: soy un terapeuta incorregible. No quiero considerar completamente perdido ni siquiera a un paranoico. ¿Cómo podría entonces hacerme a esta idea: que usted extiende su desconfianza, en parte indudablemente justificada, a todo el sexo masculino?».²⁸

Entre el análisis freudiano del caso Schreber, el lugar que en él ocupa la defensa contra la homosexualidad y los conflictos psíquicos que se incuban en los vínculos Freud-Jung y Freud-Ferenczi no hay, por cierto, una relación de simple similitud —los tres están de acuerdo en asignar la paranoia a Adler—, pero no por ello la proximidad deja de ser asombrosa. Son los mismos componentes libidinales y defensivos los que gobiernan la vida y alimentan el trabajo. «Schreber» es uno de los temas que reaparecen con mayor frecuencia en sus intercambios teóricos de este período. Freud le debe a Jung —quien cita a Schreber en 1906, en su artículo sobre la *dementia praecox*— la atención que en él despertaron las *Memorias*. En la época de su reflexión sobre la paranoia le envía al psicoanalista zuriqués verdaderos manuscritos²⁹ que recuerdan los destinados antaño a Fliess. El breve apéndice que se sumará al texto un año después de su primera edición es una especie de guiño a Jung: «quiero agregar al análisis de Schreber un pequeño complemento que seguramente será de su agrado».³⁰ Lo cierto es que el acuerdo de los dos hombres sobre la cuestión es apenas aproximado. Así lo denota la elección nosográfica de cada uno: cuando Freud dice «paranoia», Jung sigue hablando de *dementia praecox*. La acogida que este último le brinda al «Schreber» está teñida de ambivalencia, en la que se mezclan el elogio y la envidia, e incluso el juicio con reservas: «No sólo es delicioso y desopilante, sino que está escrito de manera eminentemente brillante. Si fuera al-

²⁸ S. Ferenczi, carta del 12 de octubre de 1910 a Freud, en *ibid.*, pág. 234.

²⁹ Sigmund Freud, «Algunas opiniones teóricas sobre la paranoia», en la carta del 14-21(?) de abril de 1907 a Jung, en S. Freud y C. G. Jung, *Correspondance*, *op. cit.*, págs. 86 y sigs.

³⁰ S. Freud, carta del 1º de septiembre de 1911 a Jung, en *ibid.*, pág. 557.

truista, diría ahora cuán contento me pone que se haya ocupado de Schreber y haya mostrado a la psiquiatría los tesoros que pueden encontrarse en él. Pero debo conformarme con el papel del envidioso, que no se anticipó a echarle mano. Esos lamentos, sin embargo, sirven de poco. De un modo u otro, no era factible, porque me atormentaban otras cosas que son más valiosas para mí que lo específicamente psiquiátrico». ³¹ Años después, la crítica de Jung se ahorrará cualquier miramiento: «En su tiempo, Freud, a quien yo había alertado sobre el libro, analizó el caso de Schreber de manera muy insuficiente». ³²

Entre Freud y Ferenczi, igualmente, el «Schreber» es un espejo privilegiado de aquello que los acerca y los separa. Lejos de los matices jungianos, Ferenczi no sólo hace suya la tesis de Freud, sino que se inclinará de buena gana a cargar las tintas: «La paranoia no es posiblemente más que una deformación de la homosexualidad». ³³ «Schreber» corresponde al viaje a Sicilia, y al parecer los dos hombres pensaron en un verdadero trabajo en común, que llegó tal vez hasta la idea de la publicación. En todo caso, el proyecto abortó o, para decirlo con más exactitud, sufrió las consecuencias del malentendido en el seno de la pareja. Ferenczi le contaría más adelante a Groddeck cómo se había apartado «de manera terminante» del asunto: «En Palermo, donde [Freud] quería hacer ese famoso trabajo sobre la paranoia (Schreber) en común conmigo, un súbito arranque de rebelión me hizo pegar un salto ya en la primera velada de trabajo, cuando él quería dictarme algo, y le expliqué que un trabajo en común no consistía simplemente en que me dictara. “Entonces, ¿eso es lo que pien-

³¹ C. G. Jung, carta del 9 de marzo de 1911 a Freud, en *ibid.*, pág. 517.

³² C. G. Jung, citado en *ibid.*, pág. 399.

³³ Sándor Ferenczi, «Le rôle de l'homosexualité dans la pathogénie de la paranoïa» (1911), en *Œuvres complètes*, 1, 1908-1912: *Psychanalyse I*, París: Payot, 1968, pág. 173 {«Papel de la homosexualidad en la patogenia de la paranoia», en *Obras completas*, 1, 1908-1912: *Psicoanálisis I*, Madrid: Espasa-Calpe, 1981}.

sa?», me dijo asombrado. «¿Debo entender que quiere hacerse cargo de todo?». Desde ese momento trabajó solo todas las noches». ³⁴ La continuación es una historia de amor perdido. En varias ocasiones, Freud alienta a Ferenczi a publicar por su propia cuenta: «Si quiere publicar la paranoia, apresúrese, porque mi “Schreber” (pronto) va a estar terminado. Si se demora, el efecto se perderá», «Es preferible que se independice de mí en lo que respecta a la paranoia». ³⁵ A lo cual Ferenczi responde, con una pizca de depresión: «Es obvio que la “autonomía” que usted me ha procurado en la cuestión de la paranoia no me conviene. (. . .) todavía no he escrito una línea». ³⁶

La pregunta que Freud se hace en relación con el «Schreber» («¿En qué medida he logrado mantener a raya mis propios complejos?») podríamos hacerla con él acerca de tal o cual de sus obras; y hacerla en general con respecto a cualquier escrito psicoanalítico: a tal punto es cierto que el inconsciente es un objeto de investigación que atrapa al analista al menos tanto como este es capaz de apoderarse de él. Sea como fuere, en lo que concierne a las «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia» los hilos entre la vida y la obra aparecen particularmente entremezclados. Entre la vida y la obra, pero también entre el contenido de la obra (la paranoia) y la teoría encargada de explicarlo (el psicoanálisis). Haciéndose eco de una observación de Freud, Ferenczi señala que la distancia entre psicoanálisis y paranoia se reduce a la que separa al indicativo del imperativo. Si se deja a un lado al psicoanálisis como «ciencia de los hechos», sometida a

³⁴ Sándor Ferenczi, carta del 25 de diciembre de 1921 a Georg Groddeck, en Sándor Ferenczi y Georg Groddeck, *Correspondance 1921-1933*, París: Payot, 1982, págs. 56-7 {*Correspondencia, 1921-1933*, Jaén: Del Lunar, 2003}. Cf. S. Ferenczi, carta del 27 de mayo de 1911 a Freud, en S. Freud y S. Ferenczi, *Correspondance*, 2. . ., *op. cit.*, pág. 297.

³⁵ S. Freud, cartas del 15 y el 23 de noviembre de 1910 a Ferenczi, en S. Freud y S. Ferenczi, *Correspondance*, 2. . ., *op. cit.*, págs. 242 y 246.

³⁶ S. Ferenczi, carta del 2 de diciembre de 1910 a Freud, en *ibid.*, pág. 246.

los desmentidos de la experiencia, para formularlo en imperativo, proponiéndolo como *Weltanschauung*, ya nada lo distinguirá del delirio singular de un Schreber o del «delirio de masas» que constituye una religión. Esta proximidad es arriesgada, mas también fascinante. El propio Schreber, que discute la «alucinación» con Kraepelin, no está lejos de ser un personaje de la correspondencia, y no sólo su objeto. Freud, Jung y Ferenczi, ganosos de identificación, toman del presidente de la Corte de Apelaciones su «hablar de nervios». La «lengua fundamental», que es al inconsciente lo que los «rayos divinos» son a las investiduras libidinales, sella la complicidad de los corresponsales: es cuestión, alternativamente, de «curado por milagro», de «hombres improvisados de apuro» o de la necesidad de establecer una «conexión de nervios» con tal o cual.

Neuropsicosis

La teoría freudiana de la paranoia, tal como se la formula en 1910, se mantendrá sin cambios. Las grandes modificaciones ulteriores, en especial la introducción de la pulsión de muerte, no la afectarán en absoluto. Nada quebrantará la convicción de Freud: en la paranoia, «la persona más amada del mismo sexo deviene el perseguidor».³⁷ Freud admite, sin duda, que lo reprimido como tal, el contenido de las representaciones inconscientes, no podría calificarse de paranoico (como tampoco de histérico u obsesivo);³⁸ de todos modos, describe las diversas formas de paranoia como otras tantas combinaciones posibles de un núcleo conflictivo siempre homosexual (cf. *infra*, págs. 115 y sigs.). Agreguemos que esa constancia más allá de 1911 es perceptible también con ante-

³⁷ S. Freud, «De quelques mécanismes névrotiques. . .», *op. cit.*, pág. 91 {«Sobre algunos mecanismos neuróticos. . .», *op. cit.*, pág. 220}.

³⁸ *Ibid.*, pág. 94 {*ibid.*, pág. 223}.

rrioridad: el «Análisis de un caso de paranoia crónica», publicado en 1896, sin reconocerle un lugar explícito a la homosexualidad, sugería vigorosamente su importancia en la presentación del material clínico.³⁹ En 1915, Freud se tomará incluso el trabajo de escribir un breve artículo titulado «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica», con el objeto de ilustrar su decisión en favor de la «demanda de validez universal para esa tesis según la cual el delirio de persecución depend[e] de la homosexualidad»⁴⁰ —en esa circunstancia, contra las apariencias heterosexuales de una paranoia femenina—. Debe señalarse, no obstante, que ese texto de 1915 introduce una suerte de derivación respecto del tema central de la homosexualidad, al hacer referencia al fantasma de la escena primordial. La idea de un vínculo privilegiado entre paranoia y fuerza patógena de la escena primordial será el resultado de desarrollos posfreudianos,⁴¹ aun cuando alguien, Schreber, que pensaba en «lo hermosísimo que es sin duda ser una mujer sometida al acoplamiento» (pág. 58), pero temía al mismo tiempo la prostitución de su cuerpo «como mujerzuela» (pág. 65), ya podría, por cierto, haber conducido a Freud por ese camino.

La insistencia de Freud en ligar paranoia y homosexualidad debe entenderse en un marco más general: el de la *etiología sexual*. El análisis de las *Memorias* le brinda la oportunidad de reafirmarlo: «las raíces de toda enfermedad nerviosa y

³⁹ Sigmund Freud, «Analyse d'un cas de paranoïa chronique», en «Nouvelles remarques sur les névropsychoses de défense», *OCP*, 3, 1989, págs. 136-46 {«Análisis de un caso de paranoia crónica», en «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896b), *AE*, 3, págs. 175-84}.

⁴⁰ Sigmund Freud, «Communication d'un cas de paranoïa contredisant la théorie psychanalytique», *OCP*, 13, pág. 314 {«Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica» (1915f), *AE*, 14, pág. 259}.

⁴¹ Cf., sobre todo, W. Ronald D. Fairbairn, «Considérations au sujet du cas Schreber» (1956), en L. Prado de Oliveira (ed.), *Le cas Schreber. . . , op. cit.*, págs. 201 y sigs., y Guy Rosolato, «Paranoïa et scène primitive», en *Essais sur le symbolique*, París: Gallimard, 1964 {«Paranoia y escena primitiva», en *Ensayos sobre lo simbólico*, Barcelona: Anagrama, 1974}.

psíquica se encuentran de preferencia en la vida sexual» (pág. 78). En todo caso, para «nosotros, los psicoanalistas». Sería muy sorprendente que Freud no tuviera en mente a Adler —si no, además, a Jung— al renovar una profesión de fe antaño destinada únicamente a la «medicina oficial», pero ahora apuntada a algunos miembros del serrallo. Uno de los objetivos del texto freudiano es sostener que *también* en la paranoia, *también* en la psicosis, se trata de lo sexual conflictivo. En la paranoia, «la etiología sexual no es, en modo alguno, evidente» (pág. 112); debe demostrársela, y Schreber, precisamente, no es «el “caso negativo” buscado desde hace tanto tiempo, en que la sexualidad desempeñara un ínfimo papel» (pág. 78). A partir del «almicidio» (pág. 93), Freud se remonta al crimen incestuoso —o al onanismo (pág. 107)—, y no sólo al influjo (manifiesto) sobre el pensamiento. El modelo solicitado por él sigue siendo, ahora y siempre, el de una (homo)sexualidad desprendida, una «marea alta de libido» (pág. 114) que deshaga las sublimaciones. Con Schreber sucede como con Fliess (en este último se trata del desprendimiento de un amor hasta entonces apegado al objeto Sigmund): la paranoia es la salida de un exceso sexual que no logra liquidarse una vez abandonados los caminos tomados con anterioridad. El conflicto que intenta resolver no nace tanto de la homosexualidad como tal, sino de su desprendimiento.

La discusión acerca del lugar de la sexualidad en la psicosis supera, como es obvio, el marco de este prólogo; sólo importa destacar lo que será la posición intangible de Freud en la materia: cuestión mucho más necesaria cuando advertimos que el primer artículo psicoanalítico dedicado a Schreber que defenderá abiertamente la opinión contraria a la tesis freudiana, el de Ida Macalpine y Richard A. Hunter, es también un texto que le niega a lo sexual todo papel patogénico en esa circunstancia.⁴²

⁴² Ida Macalpine y Richard A. Hunter, «Discussion sur le cas Schreber» (1955), en L. Prado de Oliveira (ed.), *Le cas Schreber. . . , op. cit.*, págs. 111

Aun cuando no es posible unificar los diferentes puntos de vista críticos sobre la tesis freudiana, al menos hay una amplia coincidencia en negarle a la homosexualidad un papel etiológico, lo cual era ya perceptible en las observaciones de Bleuler en 1912.⁴³ Más que negarlo, el lazo entre paranoia y homosexualidad se desplaza: de la causa a la solución. La homosexualidad figura entonces en el cuadro como salida, como *ligazón*. Para decirlo en otras palabras: cuanto más homosexual es el paciente, menos psicótico es.⁴⁴ Freud habría tomado los temas neuróticos presentes en la psicosis por la psicosis misma; el razonamiento de Lacan, por ejemplo, va sin duda en ese sentido.⁴⁵

Puede decirse casi sin discusión que Freud da pábulo a ataques como esos. El 1º de octubre de 1910 le escribe a Jung: «El secreto [del caso Schreber] está claramente a la vista. La reducción al complejo nuclear es fácil. Su mujer se enamora del médico y durante años tiene el retrato de este sobre su escritorio. Él también, naturalmente, pero en la mujer hay decepciones, la progenitura fracasa asimismo; se llega así al

y sigs. {«El caso Schreber: una contribución a la esquizofrenia, hipocondría y a la formación de síntomas psicósomáticos», *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 5, nº 4, 1963}. La palabra justa es «renegación», ya que estos dos autores (sea cual fuere, por otra parte, el interés de su artículo), que sitúan en el centro de su análisis de las *Memorias* un fantasma arcaico (presexual) de procreación, dejan a la sexualidad anal al margen de sus elaboraciones. Su texto es bastante representativo de una tendencia psicoanalítica posfreudiana a reidentificar lo sexual con lo genital y lo objetal.

Resulta curioso observar que la interpretación de Lacan está, en algunos casos, muy cerca de la de Macalpine y Hunter. Cf. Jacques Lacan, *Le séminaire, Livre III, Les psychoses (1955-1956)*, París: Seuil, 1981, pág. 99 {*El seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis. 1955-1956*, Buenos Aires: Paidós, 1984}.

⁴³ Eugen Bleuler, «Freud, "Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographischbeschriebenen Fall von Paranoia (*Dementia paranoidea*)"», *Zentralblatt für Psychoanalyse*, 2, 1912, pág. 343.

⁴⁴ Cf. I. Macalpine y R. A. Hunter, «Discussion sur le cas Schreber», *op. cit.*, pág. 155.

⁴⁵ J. Lacan, *Le séminaire, Livre III, Les psychoses. . .*, *op. cit.*, pág. 121.

conflicto; él debe odiar a Flechsig como rival, pero lo ama en virtud de su disposición y de la transferencia originada en la primera enfermedad. Así se consuma la situación infantil, y detrás de Flechsig no tarda en aparecer el padre». ⁴⁶ Tenemos aquí, pues, una historia de a tres, totalmente «edípica», que le permite al psicoanalista hallarse en un «terreno bien familiar», el del complejo paterno (pág. 105) y su inevitable complemento: el complejo de castración.

Desde los manuscritos H (24 de enero de 1895) y K (1º de enero de 1896) enviados a Fliess, hay en Freud una voluntad indiscutible de pensar la paranoia contra el telón de fondo de una comunidad con los dos grandes registros neuróticos: histeria y neurosis obsesiva. Esta comunidad cabe en algunas palabras: representación inconciliable (sexual, infantil), defensa, conflicto psíquico, formación de síntoma. Tomando sucesivamente el ejemplo de la psicosis alucinatoria y la paranoia, Freud escribe, en 1894 y 1896, dos artículos sobre las «neuropsicosis de defensa» en los que señala a la vez la solidaridad y la originalidad de los diferentes registros. ⁴⁷ El «Schreber» también se hace eco de esa inquietud, en la fugacidad de una fórmula: «La paranoia fragmenta, así como la histeria condensa» (pág. 99); e incluso cuando conserva el término *re-presión* para calificar el mecanismo específico del desasimiento de la libido (pág. 125). Sean cuales fueren sus evoluciones ulteriores (especialmente con la introducción de la escisión del yo), Freud nunca abandonará la idea de un fondo común a la neurosis y la psicosis, hasta escribir en 1937: «también al delirio se aplicará el aserto que yo hace tiempo he declarado exclusivamente para la histeria, a saber, que el enfermo padece por sus reminiscencias». ⁴⁸

⁴⁶ S. Freud, carta del 1º de octubre de 1910 a Jung, en *Correspondance*, *op. cit.*, págs. 457-8.

⁴⁷ S. Freud, «Les névropsychoses de défense» (1894), *OCP*, 3 {«Las neuropsicosis de defensa» (1894), *AE*, 3}, y «Nouvelles remarques. . .», *op. cit.* {«Nuevas puntualizaciones. . .», *op. cit.*}

⁴⁸ S. Freud, «Constructions dans l'analyse», *op. cit.*, pág. 280 {«Cons-

Frente a la desmesura de las *Memorias*, hay que reconocer que el enfoque «neurotizante» de Freud parece a veces muy razonable. Contra un fondo de «complejo paterno», sería lícito esperar del presidente de la Corte de Apelaciones una homosexualidad que el propio Freud define como «“hacerse a un lado” en la competencia». ⁴⁹ En lugar de ello, tenemos las locuras femeninas de «Miss Schreber». Las fórmulas de la paranoia, cuyo inventario hace Freud (págs. 115 y sigs.), reúnen en el amor y el odio a personas, objetos totales. La libido «marea alta» de las *Memorias* está, por su parte, ampliamente dominada por las pulsiones parciales, sobre todo masoquistas y anales. ⁵⁰ Freud se empeña en citar en su totalidad el pasaje de las *Memorias* dedicado a la «evacuación» del presidente (págs. 73-4), sin que encontremos sus elementos en la interpretación ulterior. La idea de que la fantasía de deseo de transformación en mujer pueda ser el resultado de la amenaza paterna de castración —y, más allá, la idea de que la paranoia hace eclosión en el terreno del complejo de castración— dista de ser convincente. La ecuación femenino = castrado apenas absorbe a Schreber, muy ocupado en mirarse los pechos en el espejo, dejarse penetrar-fecundar por los rayos divinos y engendrar una nueva raza de hombres. Por lo demás, la emasculación descrita por las *Memorias* no evoca en ningún momento la representación de un cercenamiento, una mutilación, sino más bien la de una involución embrionaria, un retraimiento del afuera hacia el adentro, reflejos fieles de las

trucciones en el análisis», *op. cit.*, pág. 270}. Freud se refiere aquí a la célebre frase de la «Comunicación preliminar» de 1893, en Sigmund Freud y Josef Breuer, *Études sur l'hystérie* (1895), París: Presses Universitaires de France, 1956, pág. 5 {*Estudios sobre la histeria* (1895d), *AE*, 2, pág. 33}.

⁴⁹ S. Freud, «De quelques mécanismes névrotiques. . .», *op. cit.*, pág. 95 {«Sobre algunos mecanismos neuróticos. . .», *op. cit.*, pág. 224}.

⁵⁰ Véanse al respecto las observaciones de Jean Laplanche, «Sédution, persécution, révélation», *Psychanalyse à l'Université*, 18, n° 72, 1993, págs. 10 y sigs. {«Seducción, persecución, revelación», en *Entre seducción e inspiración: el hombre*, Buenos Aires: Amorrortu, 2001}.

concepciones ginecológicas que durante mucho tiempo prevalecieron en la medicina occidental, tras los pasos de Galeno y Avicena.⁵¹ En apoyo de la tesis freudiana se invocaron, en algunos casos, las experiencias de castración real llevadas a cabo por Flechsig con fines terapéuticos, que Schreber debía de conocer. Sin duda. . ., pero el texto respecto del tema que Flechsig publica en 1884 se titula «Zur gynaekologischen Behandlung der Hysterie». Los únicos aparatos genitales que el honorable profesor haya acometido son femeninos. ¿Qué amenazaba en Schreber: al hombre o a la mujer?

La riqueza específica de un texto de Freud, y no sólo del «Schreber», radica en que nunca se deja reducir a una sola línea de pensamiento. Así, la pág. 109, *infra*, consagrada a la identificación femenina, da acceso a una perspectiva muy distinta de la denotada por el complejo de castración. Freud prolongará implícitamente su cuestionamiento en 1919, en un artículo que escapa al razonamiento falocéntrico y centrado en la fantasía femenina de fustigación: «Pegan a un niño», que él relacionará con lo que constituye la «base del delirio querulante paranoico».⁵²

De la homosexualidad al narcisismo

Vemos, pues, a Freud enfrentado a las dificultades intrínsecas de su propio razonamiento: si complejo paterno y fantasía homosexual no tienen nada de específico en la paranoia (pág. 111), ¿de dónde proviene la originalidad de esta? Aquello para cuya aseveración es insuficiente la fantasmática, ¿podemos

⁵¹ Cf. Daniel Paul Schreber, *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*, Leipzig: O. Mutze, 1903, pág. 53; *Mémoires d'un névropathe*, París: Seuil, 1975, pág. 58 {*Memorias de un enfermo nervioso*, Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1980}.

⁵² Sigmund Freud, «Un enfant est battu» (1919), *OCP*, 15, pág. 137 {«Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales» (1919e), *AE*, 17, pág. 192}.

esperarlo del mecanismo? El problema es doble, según consideremos la formación de síntoma (por proyección) o la represión misma. Si la paranoia usa y abusa de la proyección, lo cierto es que un mecanismo de defensa como ese forma parte regularmente de «nuestra postura frente al mundo exterior» (pág. 119). Ya en su primer escrito sobre la paranoia, el Manuscrito H, Freud dejaba traslucir cierta incomodidad en distinguir entre el «abuso» paranoico de la proyección y el uso normal.⁵³ Dado que el estudio de la proyección se postergó para más adelante —en «otro contexto» que nunca se presentaría—, queda por examinar el proceso mismo de la represión.

La importancia de ese momento para el «Schreber», para el conjunto de la obra freudiana y, más allá, para el psicoanálisis en su totalidad es capital: se trata, nada más y nada menos, de la *introducción del narcisismo*. Para ser exactos, la pluma de Freud ya ha utilizado una primera vez la palabra, muy poco tiempo antes, con referencia a la génesis de la elección de objeto (homosexual, pedófilo) en Leonardo da Vinci.⁵⁴ El narcisismo se impone al psicoanálisis —y con él, el trastruque de la tópica y la teoría de las pulsiones—, en tanto que la perversión, y más aún la psicosis, se convierten en sus objetos de reflexión. Si la atención prestada a la represión (entendida como designación genérica del proceso constitutivo del inconsciente) en la paranoia brinda también la oportunidad de introducir el narcisismo, es porque la definición propuesta para una caracteriza al mismo tiempo la dinámica de la otra: «un desasimiento de la libido de personas (. . .) antes amadas» (pág. 125).⁵⁵ La originalidad paranoica, empero, no reside

⁵³ Sigmund Freud, «Manuscrit H», en *La naissance de la psychanalyse: lettres à Wilhelm Fliess, notes et plans, 1887-1902*, París: Presses Universitaires de France, 1956, pág. 100 {«Manuscrito H: Paranoia», en «Fragmentos de la correspondencia con Fliess», *Los orígenes del psicoanálisis* (1950a), AE, 1, pág. 249}.

⁵⁴ S. Freud, *Un souvenir d'enfance. . .*, op. cit., pág. 126 {*Un recuerdo infantil. . .*, op. cit., pág. 93}.

⁵⁵ Esta vez, Freud ya no acude a Jung o Ferenczi para compartir un tiem-

tanto en ese desasimiento como en el paso siguiente, narcisista hasta lo patológico: la utilización de la libido así liberada para el crecimiento del yo.⁵⁶

Como es habitual en Freud, esa «introducción» tiene signos precursores en los años de nacimiento del psicoanálisis. Así, le escribía a Fliess que los paranoicos «aman al delirio como a sí mismos. He ahí el secreto».⁵⁷ En otra oportunidad (carta del 9 de diciembre de 1899), la idea cobraba forma incluso de manera sorprendente: «La paranoia vuelve a disolver la identificación, restablece a todas las personas amadas de la infancia que habían sido abandonadas (. . .) y resuelve al yo mismo en unas personas ajenas [la paranoia “fragmenta”, sostendrá Freud en el “Schreber”; la escisión del yo no está lejos].⁵⁸ Así, he dado en considerar la paranoia como un asalto de la corriente autoerótica, como un retroceso al punto de vista de entonces».⁵⁹

Lo cierto es, claro está, que la riqueza de la tercera parte del «Schreber» tiene, sobre todo, un valor anticipatorio: con

po de elaboración, sino a Abraham. Cf. Sigmund Freud, cartas del 26 de julio, 4 de agosto y 21 de octubre de 1907 a Karl Abraham, en Sigmund Freud y Karl Abraham, *Correspondance: 1907-1926*, París: Gallimard, 1969 {*Correspondencia, 1907-1926*, Barcelona: Gedisa, 1979}. Las palabras de Freud representarían, desde luego, la oportunidad de abrir la discusión sobre la teoría de la represión. ¿Qué relación hay entre esa represión-desasimiento y el proceso defensivo descrito en las neurosis de transferencia?

⁵⁶ Adviértase que cuando Freud le escribía a Ferenczi: «He tenido éxito donde el paranoico fracasa», lo hacía indicando un camino (retirada de la investidura homosexual-crecimiento del yo propio) que es el mismo que sigue el paranoico!

⁵⁷ S. Freud, «Manuscrit H», *op. cit.*, pág. 101 {«Manuscrito H. . .», *op. cit.*, pág. 251}.

⁵⁸ Respecto de este punto, véanse las observaciones de André Green, «Transcription d'origine inconnue: l'écriture du psychanalyste. Critique du témoignage», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 16, 1977, pág. 39. {La inserción entre corchetes es de Jacques André.}

⁵⁹ Sigmund Freud, carta del 9 de diciembre de 1899 a Wilhelm Fliess, en *La naissance de la psychanalyse. . .*, *op. cit.*, pág. 270 {«Carta 125», en «Fragmentos de la correspondencia. . .», *op. cit.*, pág. 322}.

respecto a la introducción «oficial» del narcisismo en 1914, a la redistribución pulsional de 1920 y al lugar del yo en los últimos desarrollos de la obra freudiana. Nos conformaremos aquí con seguir el hilo del cual partimos: la homosexualidad. Arrinconada entre la fijación y la regresión al narcisismo típico de la paranoia (pág. 126), ahora aparece, en el razonamiento mismo de Freud, como el tiempo secundario (tiempo de ligazón) que le adjudicará la crítica posfreudiana. «Amar a otro hombre» toma el relevo de un «amarse a sí mismo» más radical (pág. 113). La elección de objeto homosexual es una re-presentación de la elección de objeto narcisista. Simultáneamente, el delirio de grandeza y la fantasía de fin del mundo llegan al primer plano. «Miss Schreber» se borra frente a la «conexión nerviosa» entre todos, aun cuando, en su mansedumbre, el presidente admita la compañía de otros grandes «conectados» —por ejemplo, Wagner—. ⁶⁰

Sin embargo, al enunciar las cosas así se corre el riesgo de reducir con demasiada rapidez la complejidad del «Schreber». Dos líneas psicogenéticas de la homosexualidad, y de su combinación con el narcisismo, se disputan implícitamente la preponderancia. Una hace que la homosexualidad derive en forma directa del amor del hijo por el padre, aunque Freud insista regularmente en la mediación fraterna y diste de hacer caso omiso de la identificación con la mujer, aquella que conservaba la foto de Flechsig sobre su escritorio. Este camino da particular concreción a la ecuación entre narcisismo y represión, y el repliegue narcisista surge como respuesta al viso de «marea alta» de la elección de objeto incestuoso-homosexual. Pese a ser distinto del camino «leonardiano», este proceso se le asemeja en un aspecto: en ambos casos, el narcisismo es secundario, responde mediante su cierre a la desmesura de la apertura hacia el objeto (la madre para Leonardo, el padre para Schreber).

⁶⁰ D. P. Schreber, *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*, op. cit., pág. 17, n. 10; *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 31, n. 10.

La otra línea, la trazada con mayor claridad por la argumentación freudiana, hace del amor del hijo por el padre la recuperación de un amor por el mismo (sexo), o sea, la duplicación del amor propio. Esta vez, el narcisismo es primario, y se constituye por síntesis del autoerotismo con anterioridad a todo amor objetal (pág. 113). La articulación narcisismo-represión se torna entonces más oscura, en virtud de la evidencia de que la invasión por la libido narcisista recuerda más el retorno de lo reprimido que el combate contra este.

En el transcurrir del análisis de Freud, la homosexualidad se revela de una equivocidad que la crítica posfreudiana en general ha pasado por alto. Operador o eslabón, demuestra ser una guía tan indispensable para la descripción psicopatológica como para la construcción teórica. Con una de sus caras mira hacia la neurosis, por el lado de la ligazón y el mantenimiento del amor objetal. Con su otra cara, conduce a Freud hacia el narcisismo y su triunfo en la psicosis, vía el desprendimiento de la libido objetal y la investidura loca del yo. Allí donde la homosexualidad se detiene para dejar a Narciso solo consigo mismo comienza la pura (auto)destructividad: «Yo no amo en absoluto, y no amo a nadie» (pág. 118).